

Acosta y Lozano, Zacarías

**Discurso inaugural leído en la solemne apertura
del Instituto Provincial de Guadalajara / por
Zacarias Acosta y Lozano.**

Madrid : Imprenta de Francisco Hernandez, 1858.

Vol. encuadernado con 11 obras

Signatura: FEV-AV-M-01445 (05)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

5

DISCURSO INAUGURAL

LEIDO EN EL

**INSTITUTO PROVINCIAL
DE GUADALAJARA.**

DISCURSO INAUGURAL

LEIDO EN LA

SOLEMNE APERTURA

DEL

INSTITUTO PROVINCIAL DE GUADALAJARA

POR

Don Zacarias Acosta y Lozano,

Catedrático de Matemáticas del mismo.

EL 16 DE SETIEMBRE DE 1858.



MADRID:

Imprenta de DON FRANCISCO HERNANDEZ,

Dos Hermanas, 17, bajo.

—
1858.

INSTITUTO PROVINCIAL DE BUDGETARIO

COMPTON

INSTITUTO PROVINCIAL DE BUDGETARIO

COMPTON

Comptón y Cía. S. A. - Madrid

ET LE 27 SEPTEMBRE DE 1888

La Comptón y Cía. S. A. ha el honor de avisar a V. S. que ha recibido de la casa de Comptón y Cía. S. A. de Madrid un lote de libros de cuentas de la casa de Comptón y Cía. S. A. de Madrid, que se hallan en el número de 100.000. Los libros de cuentas de la casa de Comptón y Cía. S. A. de Madrid, que se hallan en el número de 100.000, son los siguientes: 1.º Libro de cuentas de la casa de Comptón y Cía. S. A. de Madrid, que se halla en el número de 100.000. 2.º Libro de cuentas de la casa de Comptón y Cía. S. A. de Madrid, que se halla en el número de 100.000. 3.º Libro de cuentas de la casa de Comptón y Cía. S. A. de Madrid, que se halla en el número de 100.000. 4.º Libro de cuentas de la casa de Comptón y Cía. S. A. de Madrid, que se halla en el número de 100.000. 5.º Libro de cuentas de la casa de Comptón y Cía. S. A. de Madrid, que se halla en el número de 100.000. 6.º Libro de cuentas de la casa de Comptón y Cía. S. A. de Madrid, que se halla en el número de 100.000. 7.º Libro de cuentas de la casa de Comptón y Cía. S. A. de Madrid, que se halla en el número de 100.000. 8.º Libro de cuentas de la casa de Comptón y Cía. S. A. de Madrid, que se halla en el número de 100.000. 9.º Libro de cuentas de la casa de Comptón y Cía. S. A. de Madrid, que se halla en el número de 100.000. 10.º Libro de cuentas de la casa de Comptón y Cía. S. A. de Madrid, que se halla en el número de 100.000.

1888

Imprenta de los Hermanos Heras

Don Francisco, 47, 1.º

1888

Señores:

LA filosofía nos persuade, y la religion (que vale mas que la filosofía) nos enseña, que el hombre es un compuesto de dos elementos esencialmente distintos: el primero la materia, descomponible y frágil; el segundo el espíritu, simplisimo é indestructible. En ninguna sociedad es desconocido este sublime principio, y en él han de estar basadas todas las leyes que tengan por obgeto la conservacion, aumento y felicidad de la especie humana.

Pero si todas las leyes (siendo justas)

tienden hacia alguno de tan importantes fines, ningunas tienden mas directamente ni tienen una influencia mas poderosa en la suerte de las naciones, que aquellas que se dirijen á estender y perfeccionar la instruccion pública. A medida que estas leyes son mas acertadas, los hombres se mejoran; y bastaria que por espacio de algunos años rigiese en la sociedad mas embrutecida y demoralizada un excelente plan de instruccion pública, para que gradualmente se mejorase, y quedase por último convertida en una sociedad ilustrada y benéfica: no de otra suerte si en un estanque de aguas turbias y corrompidas se hace entrar una corriente cristalina y pura, vemos el antes sucio depósito cambiar poco á poco, hasta quedar transformado en limpio y luciente espejo del cielo.

No han faltado sin embargo filósofos (con este nombre se les ha honrado) que consideren la instruccion de los pueblos como pernicioso á su felicidad, y que volviendo atras la vista suspiren por aquella dichosa edad y siglo dichoso en que el hombre usurpaba su habitacion á las fieras y disputaba al jabalí el

áspero fruto de la corpulenta encina. Muchos de estos filósofos han deseado de buena fé el bien de sus semejantes; por esta razon son dignos de indulgencia, y aun me atreveria á decir que de aprecio: pues á la verdad, una locura filantrópica, por mas que no deje de ser locura, es una locura apreciable.

Mas ¿qué diremos y qué concepto formaremos de otros hombres, no llamados filósofos, sino políticos, que viendo en una instruccion franca y leal la mas firme garantía de los derechos humanos, y el mas fuerte dique contra las avenidas de todo poder, han procurado anular estos saludables efectos, disponiéndola de modo que sea ineficaz para producirlos? Estos hombres ni merecen perdon, ni lástima, ni escusa: conocen el mal, y conociéndole le obran; para ofender á sus semejantes les privan de la defensa; para satisfacer los caprichos de unos pocos, hacen desgraciada á toda una nacion.

Afortunadamente, nos hallamos en el caso de no tener que temer ni á las arengas y declamaciones de los unos, ni á las cábalas y maquinaciones de los otros.

Algunas veces, tocándose una cuestion de sumo interés para la humanidad, y recordando los tiempos en que las naciones mas civilizadas fueron invadidas por numerosas huestes de feroces guerreros, que hacian desaparecer el saber de la faz de la tierra difundiendo la barbarie, á la manera que un rio turbio y desenfrenado convierte en espantoso pantano una fértil y hermosa campiña, he oido preguntar á personas muy instruidas, si estas asoladoras invasiones podrán ya repetirse, y si nuestros nietos estarán condenados á presenciar y sufrir transformacion tan horrorosa. Para mi es claro y brillante como la luz del sol que el hombre no puede ya retroceder al embrutecimiento, y que, cualquiera que sea la suerte que por los impenetrables designios de la Providencia le esté destinada, esta se ha de cumplir avanzando siempre en el camino que en el vasto campo de las ciencias al traves de tantos siglos y á costa de tantos desvelos y fatigas se ha trazado: nó, no es ya posible que las aguerridas y bárbaras huestes de un nuevo Atila eclipsen el vivo resplandor del saber en la moderna Eu-

ropa. La ciencia es en nuestro siglo la defensa de la sociedad, su guia, su luz, su bien, su esperanza; ella es la palanca poderosa que remueve todos los obstáculos que se oponen á la felicidad del hombre ; sin ella la agricultura es un trabajo casi bruto , prácticas rutinarias las artes y un juego de azar el comercio.

Pero acaso ¿el conocimiento de las importantes verdades que hacen al hombre rey de la creacion , es privativo de nuestra época? ¿No se dedicaron los antiguos con un ardor y una sagacidad de que apenas puede darse ejemplo en nuestros dias á la investigacion y resolucion de los mas sublimes problemas? ¿Las artes necesitaron de los descubrimientos modernos para brillar en su mas alto esplendor? ¿Todos los esfuerzos de la estética moderna han bastado para darnos aquel delicado sentimiento de la belleza , aquel elevado concepto de la sublimidad que transpiran las inimitables producciones de la culta, de la sabia, de la inmortal Atenas? Por otra parte, ¿qué prodigio de nuestros dias puede compararse al de ver un anciano decrepito recha-

zar por la sola fuerza de su genio y de sus recursos científicos y mecánicos, toda la potencia romana, y obligar á los enemigos á recurrir á un ardid para poder apoderarse de una ciudad defendida por un solo hombre? Ya comprendéis que os hablo del famoso sitio de Siracusa, sitiada por la armada de Marcelo y defendida por Arquimedes. Tan grandes, tan maravillosos fueron los inventos de este hombre, verdaderamente divino, que no pudiendo comprenderlos algunos de los modernos geómetras, y no queriendo confesarse vencidos, tomaron por partido negarlos: otros han sido mas justos, esforzándose á demostrar la posibilidad de haber sido el sol reflejado por poderosos espejos ustorios el arma de que se valió Arquimedes para reducir á cenizas muchas de las naves romanas. No puede negarse que todo esto que dejamos apuntado en favor de los antiguos, no es mas que una mínima parte de lo mucho que pudiera decirse para apreciar debidamente el alto punto de perfeccion á que elevaron las artes liberales, las letras y las ciencias. Y á la verdad, los monumentos científicos, artís-

ticos y literarios que de los griegos se conservan, son en el concepto de muchos hombres eminentes, creaciones tan sublimes y acabadas, que no han dejado á las generaciones venideras otra gloria que la que puedan alcanzar acercándose á tan perfectos modelos.

Yo no tributo idolatría, pero sí veneracion á la sábia antigüedad. Por esta razon no he podido al tratar de los progresos que el saber humano ha hecho en estos últimos siglos, y del grande influjo que estos progresos han tenido en la suerte de la sociedad, desentenderme de pagar el debido tributo de gratitud á los grandes maestros de cuyos aciertos y errores han sacado las sociedades modernas todo el fondo de sus conocimientos.

Ahora, la ventaja que llevan las sociedades modernas á las sociedades antiguas, no consiste en que aquellas posean mas ni mayores genios que estas: en mi concepto, ni Bacon vale tanto como Aristóteles, ni Newton vale mas que Arquimedes, ni Kant vale tanto como Platon: y en cuanto á esos hombres de talento extraordinario, llamados genios, quizá porque la influencia que ejercen

en el destino de sus semejantes es superior á lo que pudiera esperarse de un débil mortal, siempre han sido muy escasos, y tanto mas deben serlo cuanto mas avance la sociedad hacia ese punto de su perfeccion que el entendimiento concibe, sino como una realidad, como una idea por lo menos que no está fuera de la circunferencia de los posibles.

La verdadera ventaja pues, que llevan las sociedades modernas á las sociedades antiguas, y el motivo porque hemos afirmado y afirmamos de nuevo que no es ya posible retroceder en el camino de las ciencias, es que estas son en la actualidad el fundamento de todas las operaciones á que podemos recurrir á fin de proporcionarnos todo lo que pueda ser agradable, útil, ó necesario para nuestra subsistencia. La guerra misma, ya como arma de la ambicion, ya como escudo de la justicia, no puede hacerse en nuestros tiempos, sin el poderoso auxilio de las ciencias: estas son en nuestro siglo una imperiosa necesidad de todo pueblo; el que á ellas renunciase, renunciaria su poder y dignidad y conspiraria contra sí mismo.

De la accion ilimitada que hoy egercen las numerosas aplicaciones de la ciencia en el bien y prosperidad de las naciones, ha nacido la necesidad de generalizarla: á lo cual ha contribuido poderosamente primero como causa y ahora como medio el arte de la imprenta: y he aquí otra diferencia sumamente notable entre las sociedades antiguas y las sociedades modernas. Pasaron aquellos tiempos en que patrimonio de unos pocos los conocimientos humanos, los envolvian en un lenguaje misterioso y simbólico para hacerlos impenetrables al pueblo. Alejandro escribia á su maestro Aristóteles quejándose de que hubiese publicado una de sus obras, y el filósofo le tranquilizaba contestándole que solo podrian comprenderla los que hubiesen asistido á sus lecciones; ¡ojalá que solo retrocediendo á tan lejanos siglos pudiésemos hallar egemplos del mas inicuo y perjudicial de todos los monopolios!

Alguna vez afligido el hombre con la consideracion de los males que presencia, ó herido por la rudeza de los que sufre, y debilitados en él, á causa del mal presente, los

sentimientos y razones que debiera sugerirle la historia, suele exajerar los males de la sociedad actual y suspira envidiando la suerte de las que fueron. Mas si preguntásemos al que asi se lamenta, si, puesto que no está contento de la sociedad en que vive, le bastaria escogerla á su gusto, sin necesidad de detenerse á escoger el individuo que en ella debia de representar, seguramente que esta pregunta, le haria volver en sí; y si por ventura le agradaba aquel siglo en que la potencia romana pesaba sobre todo el orbe conocido, no elegiria sin duda ser esclavo, sino patricio; y si, acercándose mas á nuestros dias, se fijase en aquel brillante período de nuestra historia cuando la pujante España pudo poner en su envidiado blason dos hemisferios, escogeria ciertamente haber nacido español, pero no indio. Para mi, lo digo con una profunda conviccion. con una satisfaccion completa. es un hecho que la instruccion se va perfeccionando y difundiendo, y que en consecuencia de esto la condicion de la especie humana se va mejorando.

Pero asi como una nacion no puede ser

feliz ni por la aglomeracion ni por la igualdad de los capitales, pues el primero de estos extremos conduce á una miseria casi general, y en el segundo (suponiendo su posibilidad) en vez de verificarse la igualdad de fortunas, solo podria tener lugar la igualdad de miserias, del mismo modo, la instruccion que reciban sus individuos, si bien general en ciertos puntos, no puede ser una misma para todos. Proporcionar á los individuos que componen la masa general, las luces que indispensablemente necesitan; designar no solo las materias, sino la estension y orden en que han de estudiarlas los que se dedican á ciertas carreras; crear aquellas enseñanzas que reclame el estado de la nacion; escoger los puntos que han de servir como de focos principales para la mas cómoda y conveniente propagacion de los conocimientos; combinar los estudios de manera que al mismo tiempo que se dé impulso á la agricultura y al comercio, no desfallezcan las bellas artes, se de pábulo á la amena literatura, y no se entibie el amor á la ciencia, es un problema cuya completa solucion conduciria á incalculables ventajas.

lables beneficios. Pero si la importancia de resolver este problema es suma, la dificultad de resolverlo es inmensa, y considerada esta dificultad, no debemos seguramente estar quejosos del estado actual de nuestra enseñanza. Se notan, es cierto, en las leyes de instruccion pública ciertas oscilaciones cuyos inconvenientes no se descuidan algunos en exajerar. Yo convengo en que un plan de estudios perfecto y que siempre rigiese, seria lo mejor que podriamos desear. Pero esto no es posible en el estado presente de nuestra nacion; y puede notarse por otra parte y no es poco consolatorio, que la amplitud de aquellas oscilaciones es bastante reducida, y que en medio de ellas la instruccion va progresando.

Guadalajara ha sentido á su vez los beneficios de las nuevas leyes de instruccion pública. y tanto mas debe agradecerlos cuanto que por la posicion que muy pronto ocupará puede considerarse como formando parte de la capital del reino. No hace muchos años que un célebre Magistrado, cuyas luces y cuyo amor por los adelantos de su pais os

son bien conocidos, hizo resonar su voz en este recinto, anunciando á los habitantes de esta capital que quedaba abierto este Instituto, y haciéndoles concebir por ello las mas lisongeras y fundadas esperanzas. Demos en tan solemne momento este recuerdo de gratitud al Excmo. Sr. Don Pedro Gomez de la Serna, el primero que tuvo el placer de anunciaros que se levantaba en Guadalajara un nuevo templo á la instruccion. De la estabilidad y lustre de este Instituto, á los sucesores de tan celosa Autoridad toca la gloria; y yo sé que de esta cabrá no pequeña parte á... no me toca á mi decirlo: ¡dichoso aquel de mis compañeros á quien quepa en suerte expresar el voto de gracias que en este momento nace en mi corazon y espira en mis labios!

Aquí, señores, daría fin á este breve y mal compaginado discurso, si no me punzase el deseo de buscar en la poesia algun desahogo al entusiasmo de que me siento poseido. Esa juventud llena de vida y de esperanza que me escucha, no tanto ama la instruccion por convencimiento como por instinto; siente mu-

cho, y discute poco; mas que el interes, la despierta la gloria. Animarla quiero al estudio hablándola en el idioma del corazon. Permitase al que cultiva el árido campo de las matemáticas coger una flor en el risueño valle de la poesía, para suavizar por un breve espacio siquiera el molesto afan de su penosa tarea.



A LA INSTRUCCION.

ODA.

Mirad aquel que cruza presuroso
Las espantables fieras persiguiendo
De América los bosques, en la mano
El arco poderoso,
Que nunca flechó en vano,
Pronto ya á despedir el dardo horrendo.
Su planta endurecida
Huella segura el pedernal cortante;
En su desnuda piel, al sol curtida,
Los abultados músculos resaltan
El esfuerzo pujante
Del salvaje mostrando, y su fiereza
Se pinta en su semblante
Que colores ridículos esmaltan.
Si quiere en alegría

:

El triunfo celebrar y marcial gloria,
Vedle con mano impía
El laurel deslustrar de la victoria,
Al prisionero mísero inmolando,
Y en banquete feroz sus miembros tristes
Con apetito horrible devorando!....

Y ¿es este mismo el hombre que á los cielos
Los pasos fija, y cuenta las estrellas,
Y del tiempo las huellas
Descubre hasta en los siglos mas lejanos?
¿Es este aquel que cruza sin recelos
Del ancho mar los espacios llanos?
¿Que de la tierra estrecho en los confines
El imperio disputa á los delfines?
¿Que á la region vacía
En alas de su ingenio se levanta
Y allí pone su planta
Do el águila veloz no llegaría?

Pues- quién? quién ha podido
Su poder remontar á tanta alteza?
¿Qué númen celestial ha convertido
La indómita fiereza
Del hijo de los bosques en dulzura?
¿Por quién el hombre ocupa (que algún día
Se miró con las fieras confundido)

El alto trono en que se ve sentado,
Y estiende su dominio dilatado
Por cuanto abrasa el sol y el hielo enfria?

Tú, divina Instruccion, la sien ornada
Con refulgente cerco, descendiste
De blanquísima túnica ceñida
Y celestiales genios rodeada
En nacarada nube y transparente,
Y al hombre su destino predijiste
Con tu meliflua voz y omnipotente.

Y en aquel mismo punto, de la tierra
Se vió cambiar la faz; la choza agreste
En cómoda mansion fué convertida;
Mudóse el curso de los claros rios,
Y á la esterilidad y fiera peste,
Vuelto en jardin el espantoso yermo,
La abundancia y salud movieron guerra:
La ciencia de la vida
Con la muerte luchó; y el triste enfermo
La salud, tan querida,
Halló en el borde del sepulcro mismo:
El insondable abismo
Del espacio infinito salvó el hombre,
Y en balanza segura
De los planetas ponderó las masas,
Y á nuevos astros imprimió su nombre:

A su placer y su ventura atento
Hizo el arte nacer de la armonía,
Tornando en apacible melodía
El áspero silvar del raudó viento:
Ansioso de gozar eterna vida,
Al mármol duro le infundió su aliento;
Y afectos y pasiones y hermosura
Supo dar á una piedra la escultura:
A la impalpable sombra
Y á la impalpable luz, con diestra suerte
Dió fantástico cuerpo en la pintura ;
Y la torre inmortal y el muro fuerte
Levantó osado, cuya altura asombra;
Y los bosques al mar fueron llevados
Y en flotantes ciudades transformados.

Asi, Instruccion benéfica, tu acento,
Tu omnipotente acento el cetro ha dado
Del vasto mundo al sér mas desvalido.
Por eso ha levantado,
A tu inmenso poder reconocido,
Aras el hombre mil, y lleva el viento
Tu nombre al firmamento
Donde reside tu poder sagrado.
Por eso este Instituto
Que á estender tu dominio se prepara,

Culto te rinde y te tributa dones
De tiernos de acendrados corazones
Do prendió la centella de tu lumbre,
Que aspiran á llegar con ansia ardiente
De tu árduo templo á la eminente cumbre.

HE CONCLUIDO.

En la tarde del día 1.º de mayo de 1900, en el momento en que se celebraba la sesión pública de la Academia de Ciencias y Letras de la Universidad de Madrid, se leyó el discurso de ingreso de don Juan de Dios Rodríguez de Sotomayor, en el que se refirió a la historia de la medicina en España, y a la importancia de la enseñanza de la medicina en el presente.

El discurso fue leído por el Sr. D. Juan de Dios Rodríguez de Sotomayor, y se abrió a la discusión por el Sr. D. Juan de Dios Rodríguez de Sotomayor, y se abrió a la discusión por el Sr. D. Juan de Dios Rodríguez de Sotomayor.

El Sr. D. Juan de Dios Rodríguez de Sotomayor, en su discurso, refirió a la historia de la medicina en España, y a la importancia de la enseñanza de la medicina en el presente.

El Sr. D. Juan de Dios Rodríguez de Sotomayor, en su discurso, refirió a la historia de la medicina en España, y a la importancia de la enseñanza de la medicina en el presente.

El Sr. D. Juan de Dios Rodríguez de Sotomayor, en su discurso, refirió a la historia de la medicina en España, y a la importancia de la enseñanza de la medicina en el presente.

El Sr. D. Juan de Dios Rodríguez de Sotomayor, en su discurso, refirió a la historia de la medicina en España, y a la importancia de la enseñanza de la medicina en el presente.